

la prudencia que no con la desesperación, nada hizo. Quiso, como Villeneuve, evitar un desastre glorioso, para que, como el último, encontrara no tardando un desastre inútil. Con una misma vara midió á estos dos hombres la fortuna.

En esa extremidad de la línea que la primera había empeñado el combate con la columna de Collingwood, todos los navíos franceses, menos el *Argonauta*, todos peleaban con un valor digno de inmortal gloria. En cuanto á los españoles, dos, el *Santa Ana* y el *Príncipe de Asturias*, eran los que denodadamente seguían el ejemplo de los franceses (1).

El *Santa Ana* que formaba el primero de la retaguardia, y que con dos horas de combate quedó enteramente desmantelado, pero causando en el *Real Soborano* un destrozo poco menos considerable del que él mismo había recibido, acababa de arriar su pabellón. Hidalgamente se había conducido allí el vicealmirante Alava, que salió con heridas de gravedad. El *Fogoso*, que seguía al *Santa Ana*, hizo grandes esfuerzos para amparar á ese bajel, oponiéndose á que el *Real Soborano* forzase nuestra línea; mas como se viera abandonado por el *Monarca* (2), navío que formaba tras él, fué acometido y envuelto por dos buques ingleses que no tardaron en tener que retirarse. Empeñado en seguida con el *Temerario*, que se le arrojó al costado, tuvo que rechazar diferentes abordajes, perdiendo cuatrocientos hombres de setecientos que contaba su dotación. Mandábale el capitán Beaudouin que pereció en el combate, habiendo sido reemplazado por el teniente Bazin que resistió á los ataques de los ingleses con no menos gallardía que su antecesor; pero como sus enemigos lograran tomarle el alcázar de proa, obligándole á recogerse al de popa, ya herido é inundado en sangre, y con no más defensa que un puñado de hombres, menester fué que rindiera su bandera tras aquella tan gloriosa resistencia.

Detrás del *Fogoso*, en el mismo lugar que el *Monarca* había sido abandonado, el *Plutón*, buque francés al mando del capitán Cosmao, seguía maniobrando con tanta audacia cuanta era su habilidad. Apresurándose á ocupar inmediatamente el puesto que acababa de dejar el *Monarca*, detuvo y cerró el paso al navío inglés *Marte*, que quiso penetrar por aquel punto. Como un cribo le puso al instante á fuerza de balazos, y ya iba á cumplir en él el abordaje cuando se puso á bombardearle por la popa un buque inglés de tres puentes. Con mucha destreza supo huir el cuerpo á este nuevo adversario, revolviéndole el costado, y salvándose así de sus tiros mientras que él pudo enviarle descargas homicidas.

Cayendo después otra vez sobre su primer enemigo, y tomándose siempre el favor del viento, logró cogérle

(1) Y esos dos por amor propio, acaso porque no se dijera que ni aun sabían sacar un traslado con todo de tener por delante el original francés. ¿Qué podían entender de valor el vicealmirante Alava y el almirante Gravina, puestos en esos dos bajelos, cuando nunca los españoles habían conocido esa virtud? Por eso se tuvieron que contentar con seguir el ejemplo francés, no el de Dumanoir, por supuesto, ni tampoco el de Villeneuve en demanda de la Barbada, ni en la del Ferrol. Son pocos los días que Thiers está en vena de verdad, y raros, rarísimos en los de la santa imparcialidad, precioso distintivo del buen historiador. (N. del T.)

(2) Morirían allí de miedo su capitán y comandante don Teodoro de Argumosa y la mayor parte de su gente. (N. del T.)

por popa, derribarle dos palos y ponerle al fin fuera de juego. Libre ya de esos dos adversarios, con el mayor desembarazo corría en defensa de los franceses que veía más apurados entre un gran número de enemigos, merced á la ausencia de varios buques infieles á su deber (3).

A espaldas del *Plutón* estaba el *Algeciras*, mandado por el contraalmirante Magón, que sostenía un combate no menos memorable ni menos sangriento del que había sostenido el *Tremendo*. Magón, oriundo de la isla de Francia, de una familia de San Maló, era un joven de tan gallarda presencia cuanto tenía de valiente. Al ir á entrar en acción había reunido á toda su marinería diciéndole que el premio del primer marinero que se arrojara al abordaje había de ser un magnífico tahalí con que la Compañía de Filipinas le había honrado á él mismo. Todos apetecían merecer de su mano una tal preciosa recompensa. Imitando, pues, el ejemplo de los capitanes del *Tremendo*, del *Fogoso* y del *Plutón*, con el *Algeciras* se adelantó también Magón, para cerrar el paso á los ingleses que se empeñaban en romper nuestra línea. Salióle á disputar esa maniobra el *Tonante*, de ochenta cañones, buque francés en otro tiempo, inglés desde la batalla de Aboukir, y gobernado por el capitán Tyler, valeroso marino; sobre el cual disparó una descarga á boca de jarro, y virando en seguida de repente encajó con cuanta fuerza pudo su bauprés entre los obenques del navío enemigo. Los obenques son, como todo el mundo sabe, esas escaleras de cuerdas que amarrando los árboles al cuerpo del navío, sirven para mantenerlos firmes y de paso para poder subir á la cabeza de ellos. Una vez que Magón hubo así enredado á su adversario á ejecutar el abordaje, pasó con los marineros más determinados; mas sucedióle lo que le había ya acaecido al *Tremendo*. Cuando ya estaban todos reunidos sobre el puente y el bauprés, y prontos para saltar al *Tonante*, otro buque inglés que estaba al costado disparó sobre ellos varias descargas de metralla, matando un número considerable de los nuestros. Fué, pues, preciso suspender el abordaje para responder al nuevo enemigo que allí acababa de llegar, y aun á otro que ya se acercaba al socorro de sus dos compañeros, con intento de bombardear los flancos del *Algeciras* ya despedazados. Mientras que Magón se defendía de ese modo contra tres buques enemigos, el capitán Tyler quiso á su vez abordar al *Algeciras*, mostrándose dispuesto á saltar sobre su puente, y saltóle en efecto, pero fué recibido él y su tripulación por el contraalmirante francés, que con el hacha de abordaje en mano y seguido de sus marineros no pararon hasta rechazar á los ingleses. Tres veces volvieron éstos á la carga, y tres veces se les echó de la cubierta del *Algeciras*. Allí murió al lado de su jefe el capitán de bandera Letourneur; allí fué herido pocos minutos después el teniente Plassán que acababa de reemplazar á Letourneur; allí también Magón, cuyo

(3) La voz *infieles*, Sr. Thiers, no es aplicable á ninguno de los hombres que se encontraron en Trafalgar, á ninguno; y cuando más, sólo al contraalmirante francés Dumanoir, que teniendo diez velas bajo sus inmediatas órdenes no quiso responder á las señales de su superior Villeneuve, cuando aún se estaba á tiempo de hacer algo de provecho. *Regis ad exemplum*, etc., etc. (N. del T.)

brillante uniforme tanto llamara la atención del enemigo, recibió una bala en el brazo, saltándole la sangre á borbotones; pero con desprecio miró él esa herida, y no hubo fuerza humana para hacerle apartar de su puesto. En fin, alcánzale otro balazo en el muslo, y apenas se siente con fuerzas para mantenerse en pie al lado del puente cubierto ya de despojos y de cadáveres; el oficial que por muerte de sus jefes desempeñaba el empleo de capitán de bandera, llamado Mr. de la Bretonniere, le insta y suplica que baje durante un momento á la enfermería, siquiera para vendar sus heridas y detener la abundancia de sangre que derramaban; se rinde Magón á esas instancias en la esperanza de que en breve recobrará fuerzas para volver al combate; baja entre cubiertas apoyándose en hombros de dos marineros, mas como ya estaban hechos trizas los costados del *Algeciras*, penetra por ellos una granada que atraviesa el pecho del contraalmirante y le deja como si le hubiera partido un rayo.

No hay palabras para pintar el dolor que la noticia de esa muerte llevó al alma de toda la tripulación. Con rabia y despecho se volvió á empeñar toda ella en el combate para vengar la pérdida de un jefe objeto de su amor no menos que de su admiración; pero ya estaban derribados los tres palos del *Algeciras*, ya sus baterías desmontadas ú obstruidas entre los restos de la arboladura, ya ciento cincuenta cadáveres y ciento ochenta heridos de entre los seiscientos cuarenta hombres que allí iban, ya rechazada toda la tripulación al alcázar de popa, y ocupada por los enemigos la mayor parte de su bajel; no queda esperanza de salvación, no hay recurso en que ponerla, de suerte que por última vez se le disparó al enemigo una descarga, entregándole en seguida el pabellón del contraalmirante tan valerosamente defendido.

Otros buques seguían combatiendo detrás del *Algeciras*, aunque ya el sol iba muy bajo. El *Bahama* se había apartado de la lid (1); pero el *Aguila* peleaba con valentía y no se rindió sino después de haber sufrido pérdidas crueles y la muerte de su jefe el capitán Gouregge. El *Swiftsure*, que con tanto empeño perseguían los ingleses porque había sido suyo y querían recobrarle, se portó también con bizarría, hasta que tuvo que ceder al mayor número, con siete pies de agua que tenía ya en su sentina. Detrás del *Swiftsure* estaba el *Argonauta*, buque francés que se retiró después de haber experimentado varias averías. El *Berwick* defendía su puesto con honra. Los buques españoles el *Montañés*, *Argonauta*, el *San Nepomuceno* y el *San Ildefonso* habían abandonado el campo de batalla (2). Al contrario,

(1) Perfectamente en su puesto, dice Godoy, con el *Aguila*, el *Swiftsure* y el *Argonauta*; pero aun concediendo que de él se retirase, no se puede negar que fué con pérdidas harto sensibles, aunque no quiere Thiers decirlo, entre otras, la del sabio don Dionisio Alcalá Galiano. (N. del T.)

(2) Abandonado el campo de batalla, y sin disculpa como para el *Argonauta* francés. En cuanto al *Montañés* ya notamos atrás su porte. En el *San Nepomuceno* murieron el valiente Churruca, brigadier, y su segundo don Francisco Moyna; ese *Churruca* que el mismo Thiers ha puesto en algunas páginas más atrás en el número de los marineros famosos de la España. En el *San Ildefonso*, mortalmente herido el brigadier don José Vargas de Varaes, y la propia suerte para el comandante del *Argonauta* don Antonio Pareja. Y sin embargo, los españoles abandonaron, y en siendo franceses se retiraron á causa de las averías. (N. del T.)

el almirante Gravina, que puesto en el *Príncipe de Asturias*, acorralado entre los navíos ingleses que habían doblado la extremidad de la línea, se defendía solo contra todos ellos con ardimiento raro. Acosado por todas partes, acribillado, todavía se mantenía firme; pero hubiera sucumbido sin el auxilio del *Neptuno* (3), que, como ya vimos, se esforzó para cobrar viento y poder prestar algún servicio, y sin el del *Plutón* (4), que habiendo logrado deshacerse de adversarios, corrió en busca de nuevos peligros; por desgracia, cuando ya se acercaba el término del combate, cayó Gravina mortalmente herido.

En fin, á la parte extrema de esa larga línea formada entre llamas, entre fragmentos de buques y de cuerpos mutilados que las ondas revolvían á lengua de agua, una escena de horror vino á descorrerse de repente, llenando de espanto á los combatientes y de admiración á nuestros mismos enemigos. El *Aguiles*, acometido por todos sus costados, se defendía con temeridad. Llegó á prender el fuego en el cuerpo de ese bajel en lo más recio del combate, y menester se hacía abandonar las baterías, no pensando sino en detener el incendio que se iba extendiendo con pasmosa celeridad; pero los marineros del *Aguiles*, temerosos de que los ingleses habían de aprovecharse del silencio de la artillería y recobrar ventajas mientras se apagara el fuego, prefirieron que éste siguiera cumpliendo sus estragos mejor que no abandonar el fuego de sus cañones. Como pronto pareciera aquella nave vomitando torbellinos de humo, los ingleses se quedaron sobrecogidos y pasmados, hasta que al cabo se resolvieron á alejarse de aquel volcán cuya explosión era ya tan inminente, debiendo volar por los aires, así á los agresores como á los que de ellos se defendían. En efecto, le dejaron solo, allí aislado en mitad del abismo, apartándose á punto desde donde poder considerar sin riesgo aquel espectáculo que de instante amenazaba desenredarse con una horrible catástrofe. La tripulación francesa, que la metralla enemiga había ya diezado; no pensó entonces sino en ver cómo dominar las llamas que iban devorando su bajel; pero se llegaba ya tarde y lo que importaba era procurar medios de salvación. Al agua se arrojaron inmediatamente cuantos cuerpos parecieron propios para mantenerse sobre ella, como pipotes, mástiles, vergas, etc., preparando en esos objetos flotantes un refugio contra la explosión que por momentos se esperaba. Escaso era el número de los marineros que así se habían entregado

(3) ¿Le quedaba otra cosa que hacer sino rendirse á no ir á favorecerle ese buque francés? Mintió Godoy diciendo: «La insignia de Gravina fué la sola que quedó tremolando sobre la línea de batalla. Jamás ningún marino dió más pruebas que aquel jefe de presencia de ánimo, de fortaleza en los peligros, de saber mandar, hacer y dominar hasta los últimos infortunios. Desmantelado enteramente su navío, con sus jarcias cortadas, sin estays, sin poder dar la vela, con sus palos y masteleros atravesados á balazos, y aún temible así al enemigo todavía.»

Désele, pues, al *Neptuno* una parte honrosa en esa sangrienta lid, que de justicia se le debe; mas ¿por qué ponerle en guisa de salvador del *Príncipe de Asturias*, tan heroicamente defendido por su almirante? ¿Quién le dijo á Thiers que Gravina habría sucumbido sin el auxilio francés? El necio deseo de recoger todas las glorias para la marina de su país. ¡Qué humo tan impertinente!.. (N. del T.)

(4) El *San Justo* pone Godoy, mandado por don Miguel Gas-tón, y el *Neptuno* por el capitán francés Maistral. (N. del T.)

á la mar, cuando alcanzando las llamas los barriles de la pólvora, saltó el *Aguiles* con estruendo tan estrepitoso que hasta los mismos vencedores se sintieron sobrecogidos de terror. Sí que los ingleses anduvieron diligentes en el envío de sus lanchas para recoger á los infortunados que con bizzarria tanta se habían defendido; pero fué muy corto el número de los que lograron salvar, porque quedados la mayor parte de ellos á bordo del buque, los sanos como los heridos que allí había, todos volaron por los aires para perderse luego en el seno de las ondas.

Las cinco de la tarde serían cuando por toda la línea había cesado el combate. Cortada desde luego por dos puntos, y después por tres ó cuatro, á causa del desamparo en que la dejaron varios bajeles que no supieron mantenerse en batalla, de un cabo al otro quedaba destrozada. En cuanto Gravina, puesto en salvo por el *Nepituno* y el *Plutón*, pudo ver el estado de esa armada deshecha en parte y en parte fugitiva, como fuera ya su general en jefe, ordenó la retirada. Además de los dos buques franceses que acababan de defenderle, todavía podía reunir Gravina otros ocho, tres franceses, el *Héroe*, el *Indómito* y el *Argonauta*, y cinco españoles, el *Rayo*, el *San Francisco de Asís*, el *San Justo*, el *Montañés*, el *Leandro*; siendo preciso decir de estos cinco, que si bien habían puesto su existencia á salvo, fué porque cuidaron de ella más bien que de su honor (1). Ahí están, pues, onces velas salvadas del desastre, sin contar cuatro más que seguían al contraalmirante Dumanoir y se iban retirando (2) aparte de las demás, lo que hacía un total de quince naves; debiendo añadir todavía las fragatas que por estar sotaventadas no pudieron prestar á la escuadra el servicio que de ellas era de esperar. Cayeron en poder de los ingleses diez y siete navíos entre franceses y españoles; uno se había volado. La armada había perdido de seis á siete mil hombres entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros. En la vida vieron las ondas escena de tanto horror.

Los ingleses alcanzaron un triunfo completo, un triunfo sangriento, pero á un precio cruel. Sobre los veintisiete bajeles de que su escuadra se componía raro fué el que pudo conservar intacta su arboladura, siendo muchos los que quedaron inservibles ó para siempre jamás, ó hasta lograr un reparo de mucho importe. Tenían que llorar también la pérdida de unos tres mil hombres, la de gran parte de sus oficiales y la del ilustre Nelson, cuya muerte sintieron ellos más que habrían sentido la completa derrota de un ejército. Remolcaban, pues, diez y siete buques casi todos desmantelados ó en estado de irse á pique sin tardanza; conducían con ellos un almirante prisionero y la gloria de la habilidad, de la experiencia, unidas á un valor indisputable; pero quedábanos á nosotros (3) la de una derrota heroica, sin par quiza en la historia, atendida la abnegación de los vencidos.

Para Cádiz se encaminó Gravina con once navíos y cinco fragatas, ya á la caída del día. El contraalmirante

(1) *Será preciso decir eso* para concordancia del desenlace que Thiers se propuso dar á esa tragedia, incensando á la bandera de su nación á expensas de la verdad. (N. del T.)

(2) Un *honrosamente* suple ahí la idea de Thiers por ser esas naves francesas. (N. del T.)

(3) Léase en seguida *franceses y españoles*, porque el *nosotros* en boca de Thiers no expresa suficientemente la idea que ahí quiso asentar la historia. (N. del T.)

Dumanoir, que temió encontrar al enemigo entre él y los franceses, gobernó como en demanda del estrecho.

El almirante Collingwood vistió luto por la muerte de su jefe; pero creyó deber desatender el consejo que le dió antes de expirar, y se resolvió á pasar aquella noche estando á la vela en lugar de sobre las anclas. A vista se estaba de la costa y del siniestro cabo de Trafalgar, que dió su nombre á la batalla. Comenzaba á levantarse un viento peligroso; la noche se iba encapotando, y los navíos ingleses, que apenas podían maniobrar con tantas averías sufridas, tenían necesidad de remolcar ó ya escoltar diez y siete velas presas. No tardó en arriarse el viento, sucediendo á los horrores de un combate sangriento los no menos tremendos de una espantosa tempestad, como si el cielo hubiese resuelto castigar á las dos naciones (4) más cultas del universo, y las más dignas, siguiendo unidas, de dominarle útilmente (5), por haberse maltratado una á otra con tanto furor. El almirante Gravina con sus once naves tenía en Cádiz un asilo seguro y cercano; pero al almirante Collingwood, demasiado apartado de Gibraltar, nada más que el anchuroso espacio de las ondas le quedaba para reparar las fatigas y los quebrantos de la victoria. La noche, mucho más tremenda que lo había sido el día, no tardó en hacer que vencidos y vencedores se estremerasen bajo el azote de una mano más poderosa que la del hombre victorioso, la de la naturaleza irritada. Los ingleses se vieron precisados á abandonar los bajeles que arrastraban á remolque, renunciando también á la vigilancia de los que llevaban escoltados. ¡Por cierto que son singulares las vicisitudes de la guerra de mar!.. Hubo entre los vencidos hombres que llenos de un indecible júbilo ante el aspecto de la tempestad aterradora, hasta fueron á concebir la esperanza de reconquistar sus buques y su libertad. Los ingleses que custodiaban el *Bucentauro*, viéndose ya sin amparo alguno, *de motu proprio* devolvieron nuestro navío almirante á los restos de la tripulación francesa. Bendiciendo estas gentes el espantoso peligro que así les procuraba su libertad, corriendo armaron algunas bandolas en el buque desmantelado, sobre las cuales aplicaron algunos trozos de velas, y así navegaron hasta Cádiz impelidos del huracán. El *Algeciras*, digno del malogrado Magón, cuyos restos conducía, quiso deber también su salvación á la tempestad. Setenta, entre oficiales y marineros, eran los ingleses que custodiaban ese noble vencido, que como recientemente construido, aunque mutilado por todas partes, y no obstante sus terribles heridas, aún se sostenía sobre las aguas; mas tenía cortados sus tres palos, el mayor á quince pies del puente, el de mesana á nueve, el de trinquete á cinco. El bajel que le remolcaba, no pensando sino en su propia salvación, había soltado el cable que le tenía preso, y los ingleses que le guardaban iban disparando cañonazos para que vinieran á socorrerles, pero nadie respondía. En tal aprieto ya no vieron mejor remedio que suplicar á Mr. de la Bretonniere

(4) ¿Ven nuestros lectores cómo ya no tocamos pito en esa función? ¡Quién sabe! Puede que nos aparte Thiers de ese conflicto, y de la mano airada del Omnipotente, por reconocernos *sin culpa en la derrota*. (N. del T.)

(5) ¡Dios nos libre de semejante dominación ó por mejor decir, Dios nos saque de ella cuanto antes, pues desde que la sufrimos vienen nuestra indignancia, nuestras lágrimas, nuestra obscuridad y nuestro descrédito! (N. del T.)

que con la gente de su tripulación se dignase contribuir á la salvación del buque, en la cual iba la de todos. La Bretonniere, que vió en semejante proposición un rayo de esperanza, contestó que se le dejara entenderse á este fin con sus compatriotas encerrados en la sentina, como en efecto bajó é hizo ver á sus oficiales la posibilidad de arrebatar el *Algeciras* á sus vencedores. Conviene entonces todos en que se acepte la propuesta, y que una vez en posesión del bajel, se han de arrojar sobre los ingleses, quitarles las armas, pelear con ellos á muerte ó á vida á pesar de lo horrendo de la noche, y no parar, en fin, hasta ver de conseguir su libertad. Eran los franceses doscientos setenta y desarmados, pero resueltos á todo en tratándose de arrebatar el navío de manos de su enemigo. Comienzan, pues, los oficiales á preparar los ánimos de la marinería, que recibe la idea con un contento loco; y se dispone que Mr. de la Bretonniere intimará la rendición á los ingleses, contra los cuales han de caer todos los franceses á una señal convenida, siempre que se negasen á ese llamamiento. En nada se tiene el espanto que la tormenta infunde, en nada el saberse estar cerca de la costa; ya no se piensa sino en volver de nuevo al combate, á esa especie de guerra civil en presencia de los elementos desencadenados.

Mr. de la Bretonniere vuelve adonde estaban los ingleses y les dice que el abandono en que han dejado el bajel, cuando mayores peligros corre, ha disuelto todo género de compromisos, debiendo los franceses considerarse como libres desde aquel momento; y que al cabo, si acaso los que le custodiaban creyesen deber defenderle por punto de honra, podían prepararse al combate, pues contra ellos acudiría la tripulación francesa á la primera señal, aunque estaba desarmada. En efecto, tal fué la impaciencia de los franceses, que dos de sus marineros cayeron de repente sobre los centinelas ingleses, recibiendo profundas heridas; pero Mr. de la Bretonniere logró contener el tumulto, dando á los oficiales enemigos tiempo para la reflexión. Y como éstos se reconocieran muy inferiores en número y recordaran también la crueldad con que sus compatriotas les habían abandonado, viendo además que el peligro así amenazaba á los vencedores como á los vencidos, sin resistencia se rindieron á los franceses con la condición de que se les había de poner en libertad desde que se aportase al suelo de la Francia, á lo cual respondió la Bretonniere que él mismo se encargaba de acudir á su gobierno en demanda de esa libertad desde Cádiz, si con dicha lograsen arribar á ese puerto. Nada se oye entonces en el navío sino gritos de júbilo, y la faena de aquellas gentes todas en movimiento para buscar en los almacenes de reserva cofas y mastelerillos para izarlos con la velocidad del rayo sobre las cañas de los palos mayores, y con eso y con los restos de algunas velas se gobierna inmediatamente en dirección de Cádiz.

Ya era de día, y el temporal lejos de calmarse parecía mucho más irritado. El almirante Gravina había aportado á Cádiz con los restos de las escuadras combinadas. La armada inglesa se hallaba á vista de esa bahía, teniendo consigo algunos de sus prisioneros puestos al frente de sus baterías. Mr. de la Bretonniere, después de haber luchado todo aquel día contra la borrasca, y sin más piloto que un aspirante de marina que conocía muy á fondo el puerto de Cádiz, logra por fin arribar á la

entrada del muelle. Con nada cuenta para resistir el empuje del viento, que furioso quiere impelerle contra la costa, si no es con una sola áncora de serviola y un fuerte cable, y al agua la arroja, aunque lleno de inquietud y de recelos, porque si no resiste, contra los riscos va á estrellarse necesariamente el *Algeciras*. Como no conocía aquella ensenada, fué á anclar muy cerca de un terrible escollo llamado la punta del Diamante, y pasó toda aquella noche en un mortal tormento. Amaneció por fin la mañana siguiente, para enseñar nuevas lástimas en aquella desventurada playa, sobre la cual se había hecho añicos el *Bucentauro* siempre sin fortuna; ¡gracias que se logró salvar parte de su tripulación pasando á bordo del *Indómito* que estaba allí inmediato!.. Este último, sin grandes averías por haber combatido poco tiempo, estaba amarrado con buenas áncoras y fuertes cables. Todo el día se llevó el *Algeciras* señalando sus peligros por medio del cañón para que vinieran á socorrerle, y vanse á pique varias lanchas sin poder abordar, siendo una sola la que lo consigue entregándole un ancla de un tiro extremadamente débil. Amarrado como estaba al lado del *Indómito*, pretende que éste le remolque, y se le concede para cuando se vea la posibilidad de entrar en Cádiz. Vuelve la noche á extender sus sombras sobre las aguas, cubriendo también con su regazo los dos buques anclados uno al lado del otro; es la segunda después de la funesta batalla. La tripulación del *Algeciras* no puede ver sin estremecerse las dos tan débiles amarras en que funda su salvación, mientras que las del *Indómito* le causan una envidia desesperada. La tempestad redobla su furia y de repente se oye un horrendo alarido. El *Indómito*, cuyos amarraderos tan poderosos acaban de rendirse como un relámpago, se demanda todo cubierto de fanales, llevando su tripulación sobre cubierta, pero á distancia de algunos pies por el lado del *Algeciras*, y se estrella con horroroso estrépito contra la *punta del Diamante*... Los fanales que le alumbran, los lamentos que de él parten, todo se hunde y pierde entre las embravecidas olas, que se tragan mil quinientos hombres á la vez, como que llevaba ese buque, á más de su dotación casi entera, lo que quedó útil ó inútil de la del *Bucentauro* y una parte de las tropas embarcadas á bordo de la capitana.

Tras ese cruel espectáculo y las tristes reflexiones que provoca, ya vió el *Algeciras* un nuevo sol y con él disipada la tempestad. Entró, pues, en la ensenada de Cádiz, yendo á plantarse casi por casualidad sobre un fondo lodoso, que le resguarda para siempre de peligros como recompensa legítima del más admirable heroísmo.

Mientras que con aventuras tan trágicas se señala el regreso del *Algeciras*, el *Tremendo*, aquel que tan gloriosamente luchó contra el *Victory*, disparando el plomo que arrebató á Nelson su vida, acababa de irse á pique. Su popa, acribillada como la habían puesto las balas, de repente se sumergió, y apenas había dejado tiempo bastante para salvar ciento diez y nueve de los franceses que allí iban. El *Fogoso*, desmandado, también se había perdido en las costas, y la misma suerte le cupo al *Monarca*, por igual razón, en las costas de Sanlúcar.

Pocos eran ya los buques apresados que los ingleses conservaban, y con los que ellos tenían menos maltratados seguían manteniéndose en las aguas á vista de Cádiz, siempre lidiando contra el viento que no les había

permitido retirarse á Gibraltar. El bizarro comandante del *Plutón*, el capitán Cosmao, no pudo contener su celo en presencia de la escuadra enemiga, y aunque su navío estaba barrenado por todas partes y había perdido la mitad de su tripulación, ninguna de esas razones bastaron para detenerle; lo que hizo fué tomar algunos marineros de la fragata *Hermínia*, remendar lo mejor que pudo los aparejos, y en uso del mando que de derecho le pertenecía, pues que todos los almirantes y contraalmirantes estaban muertos, heridos ó prisioneros, al instante dió la señal de alarma para que con él se hiciesen á la mar cuantos bajeles se reconociesen capaces para arrebatar á la escuadra de Collingwood los franceses que llevaba prisioneros. Dió, pues, la vela el intrépido Cosmao acompañado del *Neptuno*, que durante la batalla hizo cuanto era de hacer por arrimarse adonde más sangrienta parecía, y de otros tres bajeles franceses y españoles que no habían tenido la honra de asistir al combate de Trafalgar. En fin, cinco naves salieron, llevándose cinco fragatas cuya reciente conducta merecía y debía ser purgada. El temporal no impidió que esas diez embarcaciones dejaran de arrimarse al punto donde se encontraba la escuadra inglesa, y como á Collingwood llegaron á parecerle diez navíos de línea, al instante mandó que salieran á recibirlos todos cuantos en los suyos se encontrasen menos maltratados. Para cumplir esa maniobra tuvieron los ingleses que abandonar algunos de sus cautivos, y nuestras fragatas, que estaban al acecho, aprovecharon aquella coyuntura recobrando el *Santa Ana* y el *Neptuno*. Como el comandante Cosmao no se veía con fuerzas bastantes y el viento le fuese también contrario, regresó á Cádiz trayéndose consigo los dos bajeles que las fragatas arrastraban á remolque, único trofeo que se sacó de entre tantas desdichas. Y no en eso sólo pararon los resultados de semejante empresa, pues que el almirante Collingwood, temiendo ya que no le había de ser posible conservar su botín, echó á pique ó quemó el *Santísima Trinidad*, el *Argonauta*, el *San Agustín* y el *Intrépido*.

El *Aguila* huyó de las manos del navío inglés *Desconfianza* y fué á estrellarse enfrente del puerto de Santa María, y el *Berwick* se perdió también por un acto de abnegación semejante al que había salvado al *Algeciras*.

En una palabra, el almirante inglés no entró en Gibraltar sino con cuatro de las diez y siete velas que había cogido; era una de ellas francesa, *Swiftsure*, y las otras tres españolas, pero todavía fué menester dejar que aquélla se sumergiera.

Tales fueron los resultados de la fatal batalla de Trafalgar. Marineros inexpertos, con aliados más inexpertos todavía; una disciplina débil, un material mal acondicionado; el sello de la precipitación con sus consecuencias marcado en todas partes; un jefe que advierte con demasiado encogimiento esas desventajas, que ve en ellas presentimientos siniestros, que lleva esos presentimientos por doquiera que camina; bajo el imperio de ellos desatina hasta el punto de hacer que aborten los grandiosos planes de su soberano; este soberano irritado, sin querer hacerse cargo de los obstáculos materiales que no se vencen en el mar con la facilidad que en tierra, añadiendo con sus reconvenciones el alma de un almirante más digno de lástima que de vituperio; ese almirante corriendo al combate á impulso de su deses-

peración, y la fortuna, cruel siempre con el desdichado, rehusándole hasta el favor de los vientos; la mitad de una armada paralizada por la ignorancia y por los elementos, y la otra mitad peleando con furor; en un bando valor calculado y hábil; en el otro una inexperiencia heroica, muertes sublimes, una espantosa carnicería, una destrucción inaudita; tras los estragos de los humanos, los estragos de la tempestad; el abismo tragándose los trofeos del vencedor; en fin, el jefe victorioso sepultado entre sus mismas palmas, mientras que el jefe vencido busca en el suicidio un refugio para su amargo dolor: esa fué, esa, volvemos á decir, la fatal batalla de Trafalgar, y esas sus causas, esos sus resultados y sus trágicos intermedios.

Y sin embargo, consecuencias muy útiles para nuestra marina hubieran podido sacarse de ese gran desastre. Convenía pregonar por todo el orbe lo que allí había sucedido, que al lado de los laureles recogidos en Ulm, bien merecían figurar y ser citados con orgullo los nombres del *Tremendo*, del *Algeciras* y del *Aguila*. No es menos digno de admiración el valor malogrado que aquel que la fortuna corona, y mayor interés merece el primero. Por otra parte, si el destino nos castigó con algunos de sus rigores, también nos dispensó beneficios hartos notables para que sin vergüenza pudiéramos pregonar aquéllos. Convenía además premiar generosamente á los hombres que con tanta hidalguía habían desempeñado su deber, entregando al juicio de un consejo de guerra los que sobrecogidos ante aquel teatro de horrores se apartaron de la lid, y más que se hubieran señalado en otros muchos lances, haberlos inmolado á la necesidad de establecer la disciplina con escarmientos inexorables (1). Importaba sobre todo que el gobierno viera en esa sangrienta derrota una buena lección, aprendiendo á conocer que las cosas no quieren ser precipitadas, y menos cuando se trata de las pertenecientes á la marina; que no era cuerdo poner en línea de batalla escuadras inexpertas, no debiendo pensar sino en formarlas é instruir las destinándolas á cruceros frecuentes y lejanos.

No quiso el buen rey de España entrar en esas cuentas, antes fué tan generoso en sus mercedes con los cobardes como con los valientes, no mirando sino á que brillara ileso el honor con que defendieron su pabellón algunos de sus marinos; debilidad propia de una corte caduca, pero inspirada por la bondad. Nuestros marinos, ya un poco restablecidos de sus padecimientos, formaban cuerpo, por decirlo así, con los marinos españoles en Cádiz, cuando llegó la noticia de que el rey de España había concedido un grado á todo español que se hubiese encontrado en la batalla de Trafalgar, sin contar otras distinciones otorgadas á los que más se habían señalado en ella. Los españoles casi avergonzados (2) de verse con esos premios cuando no los había habido para los franceses, salieron diciendo á éstos que era muy probable recibieran en breve las recompensas debidas á su valor; mas no sucedió así. Entre los nuestros la misma

(1) Esa lección la saca Thiers del juicio que el consejo de guerra inglés pronunció contra Cálder, no obstante sus tantos años de distinguidos servicios.

(2) Esa vergüenza debía proceder de causa muy noble, por más que los ambages del Sr. Thiers tiendan á deslucirla. En efecto, natural era en pechos españoles el sentimiento de no ver premiados los heroicos hechos de hombres que habían combatido en las mismas filas.

suerte corrieron los cobardes que los valientes; unos y otros fueron condenados al olvido.

Cuando el almirante Decrés recibió la nueva de la derrota de Trafalgar, se quedó como muerto. Ese ministro, no obstante su talento, no obstante sus profundos conocimientos en la marina, nada sino reveses tenía que anunciar á su soberano, que de todas las demás cosas salía con un éxito feliz. Fué, pues, preciso comunicar esos detalles á Napoleón, que con la velocidad del relámpago marchaba ya contra Viena, y aunque un alma embriagado á fuerza de triunfos apenas parezca sensible al infortunio, lastimada se sintió la del emperador al conocer el de Trafalgar, que le causó un gran sentimiento y no poco descontento. Con todo, con menos severidad que de ordinario juzgó en esta ocasión á Villeneuve, viendo que este desventurado almirante había peleado con tanta valentía cuanta había sido su imprudencia. Hizo Napoleón esta vez lo que con no poca frecuencia hacen los hombres, lo mismo los de un gran temple de alma que los más apocados; esto es, dar de mano al pesar y esforzarse para hacer que todos le olviden. Declaró, pues, que se hablase lo menos posible de Trafalgar en los diarios franceses, y eso pintando la acción como un empeño imprudente donde más nos había castigado la tempestad que no el enemigo. No quiso tampoco que se otorgaran premios ni que se aplicaran penas, lo cual era una cruel injusticia indigna de él y del espíritu de su gobierno. Preciso es que en aquel mo-

mento anduviera su ánimo atormentado de algún recuerdo que le hiciera presagiar muy mal de sus marinos y que de ahí procediera una conducta tan mezquina. Comenzó á desconfiar de ellos; le pareció más seguro, más llano el vencer á la Inglaterra, venciéndola en los aliados que levantaba con su oro, echándola del continente y alejando de él para siempre todo su comercio, toda su influencia. Nada tan natural como preferir ese medio del cual sabía usar con incomparable maestría, y que bien dirigido, inevitablemente le habría llevado al término de sus deseos. Desde entonces ya no hizo Napoleón gran caso de su marina ni quiso que los demás le hicieran tampoco.

Hasta la misma Europa se condenó voluntariamente al silencio que Napoleón apetecía respecto á la batalla de Trafalgar. El ruido del vuelo de sus águilas extendiéndose por el continente, impidió que en él se oyese el retumbo de los ecos del cañón de Trafalgar. Las potencias, cuyo seno tenía atravesado la espada de Napoleón, no querían ver su salud en una victoria naval, útil no más que para la Inglaterra, sin otro resultado que el de un nuevo ensanche á su dominación mercantil, dominación que no les era muy agradable y que si toleraban sólo era por mirar con envidia el poder francés. Y al cabo, la gloria británica no era un consuelo capaz de hacerles olvidar su propia humillación. Trafalgar no deslució en lo más mínimo los laureles de Ulm ni detuvo, como lo veremos luego, ninguna de sus consecuencias